
Notas para un balance sobre la evolución y estado actual de los movimientos sociales

Francisco Fernández Buey

1

La mayoría de los analistas comparten la idea de que el origen de los nuevos movimientos sociales debe buscarse en el ciclo de luchas y protestas de la década de los sesenta que culmina en 1968 y se prolonga, según los países, hasta mediados los años 70. La expresión «nuevos movimientos sociales» comprendía entonces básicamente tres: feminismo, ecologismo y pacifismo.

Los tres (feminismo, ecologismo y pacifismo) han nacido en el marco y al rebufo de un movimiento social más amplio, el movimiento estudiantil o universitario que, entre 1965 y 1970, se extendió desde California a Frankfurt, desde París a Praga y desde Barcelona y Madrid a Italia y México.

Los tres (feminismo, ecologismo y pacifismo) tienen su origen en las capas medias de las sociedades llamadas de capitalismo tardío o avanzado, en una fase de crecimiento económico relativamente acelerado, de acentuada generalización de la enseñanza universitaria (lo que se llamó «masificación») y de incorporación relativamente rápida de la mujer al trabajo externo (no exclusivamente doméstico).

Los tres (feminismo, ecologismo y pacifismo) han crecido, sobre todo en Europa, discutiendo, polemizando y/o dialogando con el mo-

vimiento social crítico (e inicialmente alternativo) de la sociedad capitalista más implantado en la época, es decir, con el movimiento obrero y sindical.

Los tres (feminismo, ecologismo y pacifismo) han nacido y se han desarrollado criticando a la vez la «democracia realmente existente» (en EEUU y Europa occidental) y el «socialismo realmente existente» (sobre todo en la URSS y en los países del Pacto de Varsovia).

En su origen fueron básicamente movimientos antiautoritarios, antiburocráticos, antimilitaristas, antiimperialistas, antiproductivistas, antipatriarcales; y, por extensión, fueron también *a la vez* anticapitalistas (entendiendo por tal su oposición crítica al complejo industrial/patriarcal/militar del industrialismo productivista de la época) y antisocialistas (entendiendo por tal, básicamente, el modelo soviético de socialismo existente en la URSS).

Los tres (feminismo, ecologismo y pacifismo) han nacido en EEUU, trasladándose rápidamente, a través de la cultura anglosajona, a todo el mundo. Luego se han ido diferenciando por regiones y/o países, casi siempre en función de estos dos factores: a) las peculiaridades culturales y nacionales; b) la implantación relativa, en cada país, del movimiento obrero y sindical, con el que polemizaban o dialogaban.

En efecto, allí donde el movimiento obrero y sindical era muy débil o estaba particularmente integrado en el sistema social (casos de EEUU, Alemania, Países Bajos y parte del norte de Europa), estos otros movimientos sociales alcanzaron bastante rápidamente un alto grado de autonomía, tanto teórica como práctica. En aquellos lugares en que, en cambio, el movimiento obrero y sindical (y los partidos políticos a ellos vinculados) habían conservado cierto espíritu de resistencia al sistema (por ejemplo, en la Europa del sur, en Latinoamérica y en otros lugares), feminismo, ecologismo y pacifismo tuvieron que moverse en los márgenes de la socialdemocracia organizada, fluctuando, por tanto, entre la afirmación de la autonomía y la tendencia a transformar desde dentro estas otras organizaciones y partidos. Tal fue el caso, hasta la década de los ochenta, de Francia (con importante implantación social de los partidos socialista y comunista en la década de los setenta), Italia (con un partido comunista a punto de llegar al gobierno a mediados de los setenta) y de España, Portugal y Grecia (en fase de transición a formas democráticas y con una muy fuerte implantación de los partidos y movimientos comunistas hasta la década de los ochenta).

En cuanto a Cataluña y a España, esta situación a la que acabo de referirme explica el frecuente trasvase, entre los años setenta y ochenta, desde partidos y organizaciones social-comunistas (PCE-PSUC, PSAN, PT, LCR, ORT, OIC, MC, etc.) a los movimientos eco-

gista, feminista y pacifista, y viceversa. Y explica también la persistencia de un fenómeno muy frecuente entre nosotros en todos esos años: la doble militancia de muchos de los fundadores y afiliados de estos movimientos.

La prolongación de la dictadura franquista hasta 1976, las dificultades iniciales de la transición a la democracia política (por lo menos hasta 1983) y el peso de la tradición social-comunista en ese período son factores que pueden explicar también la mayor punta político-social que, comparativamente y al menos en esa fase, han tenido los movimientos sociales mencionados en Cataluña y en el conjunto de España. Este fenómeno es observable, por ejemplo, tanto en los orígenes del CANC (Comitè Antinuclear de Catalunya) como en las Primeres Jornades Catalanes de la Dona. Y es patente también en las luchas que tuvieron lugar en Euskadi contra la construcción de la central nuclear de Lemoniz o en las primeras organizaciones estatales críticas de la OTAN.¹

2

Dicho eso, habría que añadir dos precisiones necesarias.

Una: hablando con propiedad, los tres movimientos sociales mencionados (feminismo, ecologismo y pacifismo) son sólo relativamente *nuevos*. Se suele decir que son *nuevos* por comparación con el *viejo* movimiento obrero y sindical. Pero, de hecho, el feminismo como movimiento social (sufragista, por ejemplo) es tan antiguo como el movimiento obrero y sindical; el pacifismo como actitud es más antiguo que el movimiento obrero y sindical, y como movimiento propiamente dicho se remonta, en Europa, por lo menos a la primera guerra mundial (o a la guerra franco-prusiana de 1870). De modo que la *novedad* de estos dos movimientos en los años 60-80 tiene que referirse sobre todo a su dimensión y a su orientación.

Sí era *nuevo*, en todos los sentidos, el movimiento ecologista o medioambientalista, pues aunque antes de los años sesenta había

1. Lo que aquí se dice puede comprobarse, y matizarse convenientemente, explorando de forma sistemática las siguientes publicaciones: *Materiales* (Barcelona), *Zona Abierta* (Madrid), *El Viejo Topo* (Barcelona), *Negaciones* (Madrid), *Argumentos* (Madrid), *Askatasuna* (Bilbao-Donosti), *Mientras Tanto* (Barcelona), *Ajoblanco* (Barcelona), *Boletín del CANC* (Barcelona), *Transición* (Barcelona), *Vindicación Feminista* (Barcelona), *Ozono* (Madrid), *Bicicleta* (Barcelona), *A Priori* (Madrid), *El Cárabo* (Madrid), *Teoría y Práctica* (Madrid), *En Pie de Paz* (Barcelona).

habido personalidades individuales (muy pocas en nuestro ámbito geográfico) de las que puede decirse que eran *ecologistas*, nunca hasta entonces había habido un movimiento social que tuviera como objetivo explícito rectificar abiertamente el productivismo industrialista de nuestras sociedades.²

Y dos: además de estos tres movimientos sociales y del ya mencionado movimiento estudiantil o universitario, no se debe olvidar, en este contexto, que por los mismos años se estaba configurando y desarrollando otro movimiento social: el *movimiento ciudadano*, de base urbana, organizado por barrios, cuyas reivindicaciones (creación y mejora de infraestructuras, de los servicios sanitarios, de las condiciones de salubridad e higiene, de enseñanza, de esparcimiento y ocio, etc.) se entrecruzaban con algunas de las reivindicaciones de los otros movimientos y también con las reivindicaciones del movimiento obrero y sindical. Así, por ejemplo, algunas de las luchas de los años setenta en Erandio, en Avilés, en ciertas cuencas mineras o en algunos barrios de las ciudades industriales de Cataluña (l'Hospitalet, Badalona, Terrassa, Sabadell, Cornellà, etc.) incorporan reivindicaciones transversales del movimiento obrero, del movimiento ecologista, del movimiento feminista y del movimiento ciudadano.

En la ciudad de Barcelona y en el cinturón industrial barcelonés este movimiento enlazaba ya, desde principios de la década de los setenta, con las teorizaciones que por entonces se estaban haciendo sobre el sentido y la función de los movimientos urbanos (M. Castells, J. Borja, A. Mattelart) en EEUU, Europa occidental y algunos países latinoamericanos (sobre todo Chile).

Es interesante recordar, a este respecto, que el auge del movimiento ciudadano suscitó ya en esos años, en Cataluña, una notable controversia sobre si la centralidad movimentista debía estar en el lugar de trabajo (la fábrica, la obra, el tajo, los centros de enseñanza) o en el barrio. Pues esta controversia estaba poniendo de manifiesto un conflicto de dimensiones parecidas al suscitado por el ecologismo y por el feminismo, a saber: si hay que dar más importancia relativa a la actividad crítica y participativa del trabajador (o trabajadora) como *productor* (preocupado sobre todo por la venta de la fuerza de trabajo y por las condiciones en que se produce) o como *ciudadano* (preocupado sobre todo por el hábitat y el entorno).

2. Una de las primeras noticias sobre la novedad del movimiento ecologista y la importancia que estaba cobrando en el mundo apareció en la revista barcelonesa CAU, núm. 23, enero/febrero de 1974. El informe, analítico-crítico, se titulaba, sintomáticamente, *Miseria de la ecología y ecología de la miseria*. Más detalles sobre esto en: J. RIECHMANN y F. FERNÁNDEZ BUEY (ed.), *Trabajar sin destruir*, HOAC, Madrid, 1998.

El factor principal que contribuyó a suscitar esta controversia fue, sin duda, la mejora (relativa, pero ya muy perceptible al comienzo de la década de los setenta) de las condiciones de vida de la clase obrera en su conjunto. Y la controversia en sí tiene importancia para valorar la evolución posterior de los movimientos sociales críticos y alternativos, porque en ella se esboza un desplazamiento generalizado de las preocupaciones básicas de sectores muy importantes de la población hacia temas relacionados con el consumo, el entorno urbano y los servicios sociales, que es, por lo demás, lo que corresponde a una ampliación de las llamadas necesidades básicas también en los estratos bajos de la sociedad.

3

La acentuación, a partir de 1980, del ciclo conservador (thatcherismo y reaganismo) en las sociedades industrialmente desarrolladas del norte (EEUU y Reino Unido, sobre todo) no sólo quebró parcialmente la ética de la resistencia del movimiento obrero y sindical sino que afectó también, y profundamente, a los nuevos movimientos sociales. La primera mitad de la década de los ochenta estuvo marcada, en el plano internacional, por la inflexión ofensiva de EEUU y de la OTAN en materia de estrategia nuclear. Esta inflexión, que fue captada muy bien por el historiador británico E.P. Thompson, hizo pasar a primer plano (sobre todo en Europa) el movimiento antimilitarista y pacifista. Sintomáticamente, gran parte de los militantes de los anteriores movimientos ecologista y feminista pasaron a trabajar en los movimientos anti-OTAN (aquí) y en las organizaciones antimilitaristas y pacifistas. Este desplazamiento es comprobable entre nosotros, en Cataluña en la evolución, por ejemplo, de las actividades del CANC: se pasa entonces de poner el acento en la denuncia de las centrales nucleares para la producción de electricidad a la denuncia del peligro inmediato de una guerra librada con armas nucleares. Al mismo tiempo el movimiento feminista se vio afectado por la reestructuración industrial y por las restricciones al Estado asistencial que frenaron el ritmo de incorporación de la mujer al trabajo externo, no sólo doméstico.

Así, pues, se puede decir que el gran movimiento social de mediados la década de los 80 es el movimiento antibelicista y antimilitarista (con sus varias corrientes). Casi todas las grandes manifestaciones de esos años en Europa tienen que ver con la preocupación de lo que se percibía como un inminente peligro de guerra nuclear, peligro que no empezó a decrecer hasta la proclamación de la peres-

troika en la Unión Soviética y la declaración, por parte de Gorbachov, de un desarme unilateral. Por lo que se refiere a Cataluña, hasta el referéndum sobre la OTAN, en este movimiento coincidió casi todo lo que quedaba en el país de la vieja izquierda social-comunista con casi todo lo que había nacido en los sesenta como nueva izquierda (libertaria y antiestalinista). Y por lo que se refiere a España en su conjunto ese es, por lo demás, el origen de Izquierda Unida como movimiento político-social.

De ese período habría que subrayar otras dos cosas.

Primera: la incorporación (cuantitativa y cualitativamente importante) de sectores religiosos (en nuestro caso cristianos) al movimiento antimilitarista, incorporación favorecida no sólo por la actividad de las comunidades de base sino también por la actitud de la jerarquía de algunas iglesias ante las armas nucleares y por el desarrollo de la filosofía latinoamericana de la liberación. Todo eso contribuyó a dar una nueva dimensión ideológica, más mezclada, más plural, al movimiento.

Y segunda: la influencia, cada vez mayor en el conjunto de los movimientos sociales, de las reflexiones feministas sobre vida cotidiana, nueva sensibilidad, educación de los sentimientos, diferencias de género e igualdad; una influencia que, independientemente de las fluctuaciones del movimiento feminista propiamente dicho en el aspecto organizativo, se hizo muy patente en el conjunto del movimiento antimilitarista de entonces. Se puede ver esto analizando la evolución de una de las revistas más significativas e influyentes de esa fase: *En Pie de Paz*.³

Paralelamente, en ese período, se produjo una importante crisis del anterior movimiento ciudadano, que fue perdiendo autonomía, bien por integración de sus miembros en los partidos políticos, bien por incorporación de los mismos en el más amplio movimiento antimilitarista y pacifista. De modo que cuando se entra en la nueva fase de distensión internacional (a partir de 1986-1987) todos los movimientos sociales anteriormente mencionados estaban, al menos en España, en un nivel más bajo que el que habían alcanzado en la década de los setenta. El movimiento anti-OTAN se deshace después de la derrota en el referéndum. El más amplio movimiento antimilitarista se fragmenta en movimientos sociales menores y organizativamente menos articulados (objetores al servicio militar, objetores a

3. Editada inicialmente en Barcelona y luego, por rotación, en otros lugares. *En Pie de Paz* tenía grupos redaccionales en Aragón, Madrid, Euskadi, Castilla, Andalucía, Baleares, etc. y alcanzó su mayor influencia en los meses inmediatamente anteriores y posteriores al referéndum sobre la OTAN.

los gastos militares, insumisos). El movimiento ciudadano es sustituido en gran parte por los profesionales de la gestión y de la animación cultural, con lo que el trabajo social voluntario pasa a segundo plano. Y tanto el movimiento ecologista como el movimiento feminista, cuando conservan su autonomía y logran pasar de la reflexión teórica a la actividad práctica, se van convirtiendo cada vez más en movimientos «de un solo asunto» (o casi) y, por lo general, de ámbito geográfico restringido.

Mientras tanto, paradójicamente, la catástrofe de Chernobyl confirmaba la intuición básica del movimiento ecologista (a saber: que el peligro que representa la industria nuclear no depende de la calificación de los sistemas políticos) y la evolución de los acontecimientos en la URSS y en el conjunto de los países que formaban parte del Pacto de Varsovia confirmaba la intuición básica del movimiento pacifista (a saber: que el peligro principal estaba en el otro lado, el más poderoso tecnológicamente y económicamente y el mejor armado).

4

La caída del muro de Berlín, la desmembración de la URSS y el final de la bipolarización en el plano internacional han significado, desde los inicios de la década en que aún estamos, un nuevo desplazamiento de los ejes principales de la conflictividad mundial. El conflicto del golfo Pérsico se puede considerar como el momento inicial de esta nueva fase, caracterizada por la guerra por los recursos (entre Norte y Sur) y por las latentes guerras comerciales entre los principales bloques económicos y financieros (EEUU, Japón, UE y, potencialmente, China). Tras un breve momento inicial de relativa euforia, ideológicamente caracterizado en *Occidente* como *fin de la historia*, se ha ido imponiendo la percepción de que las *guerras entre culturas* o *guerras entre civilizaciones* pasaban a ocupar el lugar de la antigua polarización entre los Estados Unidos de Norteamérica y la Unión Soviética. La dimensión étnico-cultural o religiosa de las guerras que han tenido lugar en los Balcanes, en Chechenia, en Argelia, en la región de los Grandes Lagos, en Oriente Medio, etc. parecen confirmar esta percepción, aunque también es verdad que en la presentación de los hechos se tiende a ignorar por lo general otras dimensiones de los mismos: la agudización paralela de los problemas económicos y sociales en el mundo pobre y la existencia de intereses geoestratégicos de las grandes potencias o uniones económicas anteriormente mencionadas.

Es una constante reiterada en la historia mundial desde el siglo

xix el que siempre que decae, por unas u otras razones, la lucha entre las clases reaparecen las viejas luchas religiosas y/o étnico-culturales, sobre todo en la periferia o en los márgenes de lo que I. Wallerstein llamó la «economía-mundo». También esto está ocurriendo en la última década. El nuevo impulso adquirido por el proceso de globalización del sistema capitalista ha producido dos formas paralelas de fundamentalismo en el mundo: de un lado el esencialismo llamado *neoliberal*, muy vinculado al etnocentrismo euronorteamericano, y, de otro, los nuevos integrismos religiosos, que tienen su parte de resistencia al proceso de uniformización cultural mediante la reafirmación de las identidades y su parte de reacción conservadora en el sentido más peyorativo. En efecto, la nueva situación, que se prolonga a lo largo de toda la década de los noventa, ha producido un desplazamiento de todo el sistema ideológico-político-cultural hacia el conservadurismo y el particularismo.

Esto está afectando también a los movimientos sociales aquí considerados.

Es el momento de decir que *pacifismo*, *ecologismo* y *feminismo*, sin más consideraciones, ya no significan, en el contexto de esta década, lo que significaron hace veinte años. De la misma manera que cuando alguien pronuncia la palabra *izquierda* hoy en día es razonable preguntar «qué izquierda», así también cuando se pronuncian esas otras palabras hay que preguntar qué pacifismo, qué ecologismo, qué feminismo.

De hecho, los tres principales movimientos sociales surgidos en la década de los sesenta están pasando ahora por una decantación. Oscilan entre la institucionalización e integración en partidos políticos preexistentes, la utilización de los partidos políticos tradicionales para institucionalizar las propias reivindicaciones, la financiación estatal directa y la preservación de la ética de la resistencia o de la solidaridad internacionalista en el presente. Esto afecta muy sensiblemente a la autonomía de dichos movimientos. Y, en general, puede añadirse que también ellos cumplen la ley de Robert Michels sobre la burocratización necesaria de las grandes organizaciones sociopolíticas, incluso en los casos en que dichas organizaciones siguen afirmando ritualmente su vocación alternativa en la sociedad existente.

Un rasgo característico importante de la evolución de estos movimientos en la presente década es la mayor concreción y relativa desideologización de sus propuestas, la tendencia a lo que suele llamarse realismo. Esto es muy patente, por ejemplo, en la transformación del movimiento ecologista en partidos verdes o ecopacifistas. Y vale, con variantes, lo mismo para Cataluña que para Alema-

nia, Países Bajos, Francia o Italia. Al tiempo que una parte de las propuestas del feminismo, del ecologismo y del movimiento de objetores ha calado en el conjunto de la sociedad civil también se ha producido un debilitamiento del anterior movimientismo en favor del politicismo y, consiguientemente, una crisis en la autonomía de los tres movimientos.

En la actualidad hay ya en nuestras sociedades más movimiento organizado institucionalmente por arriba (y pagado o subvencionado por las instituciones) que por abajo; y se ha ido pasando de primar el trabajo estrictamente voluntario de los afiliados a la consideración, muy extendida, de que la profesionalización exige ampliar las subvenciones estatales. Al consolidarse tal sistema de relaciones el movimiento social tiende a convertirse en un grupo de presión, bien sea del Estado, bien de los autogobiernos autonómicos, bien de los partidos políticos preexistentes. Esta circunstancia puede explicar dos datos sociológicos, aparentemente contradictorios, según los cuales, por una parte, ha aumentado mucho el porcentaje de jóvenes afiliados a diferentes ONGs⁴ (mientras desciende entre ellos la aceptación de los partidos políticos) y, sin embargo, por otra parte, se consolida, y no sólo electoralmente, la ideología *neoliberal*. Todo ocurre como si en la crisis del llamado *estado asistencial* una parte relativamente importante de las asistencias y de las subvenciones estatales estuvieran siendo dedicadas ahora a la integración en el sistema de los antiguos movimientos. Un análisis detallado del número de manifestaciones, participantes, entidades convocantes y orientación de las mismas, en el ámbito del ecologismo, el pacifismo y el feminismo desde 1991 hasta 1999 confirmaría, creo, esta impresión.

5

Probablemente donde más se nota la decantación de los movimientos sociales desde formas abiertamente alternativas a formas integradas es precisamente observando la evolución de aquel que logró más fuerza y extensión en la década de los ochenta: el movimiento pacifista y antimilitarista. Para hacerse una idea cabal de esto basta con mencionar aquí cuatro datos:

4. No entraré aquí en el debate sobre las ONGs en la década de los noventa. He dado mi opinión al respecto en «Grandes corrientes de solidaridad en el mundo de hoy», *Éxodo*, núm. 34 (mayo-junio de 1996). Pero ahora no me parece posible un juicio de conjunto sobre un universo tan internamente heterogéneo.

1º) La enorme diferencia existente entre la protesta y movilización en el momento de la primera guerra del Golfo (cuyo origen, además, como se recordará, estuvo en la intervención de Irak en Kuwait) y el silencio, casi unánime, ante la última intervención norteamericana en Irak (motivada, para más inri, por las implicaciones político-domésticas del caso Lewinsky).

2º) El que casi nadie (con la honrosa excepción de Chomsky) haya llamado la atención en este caso sobre el escándalo político-moral que representa el que se investigue, en nombre de la Humanidad, la juguetería químico-biológica iraquí y no se investigue para nada, ni siquiera se plantee como condición equivalente, el enorme potencial armamentístico químico-biológico de los Estados Unidos de Norteamérica. De manera que por primera vez desde hace cuarenta años no hay crítica pública, en nuestros países, de las actividades del Departamento de Estado norteamericano.

3º) El que, con menos excepciones aún, impere un silencio casi absoluto sobre las condiciones (varias veces transgredidas ya) con las que se votó en España en el referéndum sobre la OTAN. Hecho éste tanto más llamativo en lugares como Cataluña o Euskadi donde, incluso en aquellas circunstancias y con aquellas condiciones, el *no* a la OTAN resultó mayoritario.

4º) El que el llamado principio de *injerencia humanitaria* (que en la práctica está significando la intervención de la OTAN, sin contar con las NNUU, en cualquier lugar del mundo, no sólo en el Atlántico Norte) se haya convertido, mientras tanto, en el único principio de buena parte del antiguo movimiento pacifista (con lo que éste se está quedando, en muchos casos, por detrás de la actividad crítica de ciertas iglesias).